

Agradecimientos

En primerísimo lugar quiero agradecer a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, es decir a la Universidad Pública Argentina (así, toda escrita con mayúsculas), por haberme brindado la posibilidad de estudiar durante tantos años (la vida entera). Los colegas del Departamento de Letras, del Centro de Teoría y Crítica Literaria y de las Cátedras de Literatura Latinoamericana fueron mis permanentes interlocutores en un clima de sinergia intelectual y mutua colaboración, que no suele abundar en otros espacios de trabajo. Mi más sincero reconocimiento a José Luis de Diego, Gloria Chicote, Miguel Dalmaroni, Raquel Macciuci, Luciana Vázquez, Anahí Mallol, Sergio Pastormerlo, Geraldine Rogers, Verónica Delgado, Laura Juárez, Margarita Merbilhaá, Fabio Espósito, Gonzalo Oyola, Julia Romero y Graciela Goldchluk. A Enrique Foffani, compañero de aventuras intelectuales en la cátedra de Literatura Latinoamericana y en el espacio de Katatay, junto con los miembros “imparables” del equipo: Florencia Bonfiglio, Hernán Pas y Alejo López. A mis colegas de las otras latinoamericanas con quienes debatimos sobre el inconmensurable territorio de nuestra área: Carolina Sancholuz, Alejandra Mailhe, Daniela Chazarreta y Valeria Añón. A Miriam Chiani, mi cómplice incansable en los “trabajos sobre Memoria”, además de amiga entrañable, y a nuestro grupo “Memo”: Paula Aguilar, Celeste Cabral, Laura Codaro, Bruno Crisorio, Ramón Inama, Ana Príncipi, Samanta Rodríguez, Silvina Sánchez, Josefina Stancatti, Eugenia Straccali, Emiliano Tavernini –y a la colega rosarina Susana Rosano. A la “Maestría en Historia y Memoria” donde me permiten el lujo de dar seminarios sobre Literatura y Memoria –y a mi constante invitada Samanta Salvatori. Los diversos grupos de caribeñistas (desde el equipo de Celina Manzoni en la Universidad de Buenos Aires hasta *La Habana Elegante* de Francisco Morán) siempre han estado allí para mantenerme al día en sus debates, en especial mi

aliada y audaz amiga Nancy Calomarde a quien, como copiloto, he procurado acompañar en los Congresos *El Caribe en sus literaturas y culturas*. Ana María Amar Sánchez me acercó –con su derroche de generosidad intelectual y amistad– al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI) de la Universidad de Pittsburgh, una institución imprescindible para los que hacemos “latinoamericana”, donde publicamos, con la inestimable ayuda de Juan Duchesne Winter y Erika Arredondo, *Derrota, melancolía y desarme en la literatura latinoamericana de las últimas décadas*. Gracias también al Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín y a la DAAD (Deutscher Akademischer Austauschdienst) por financiarme una estancia de investigación en la capital alemana.

La *Maestría en Letras Hispánicas* de la Universidad Nacional de Mar del Plata fue también un segundo hogar donde tuve la oportunidad de asistir –durante los años 90– a los seminarios de Julio Ramos, Walter Mignolo, Noé Jitrik, Martín Lienhard, entre otros y de anudar profundos vínculos con quienes serían luego colegas en diversas universidades (Mónica Marinone, Gabriela Tineo, Adriana Astutti, María Celia Vázquez, Marcela Zanín y me olvido de muchas).

La participación en redes de investigación se fue convirtiendo en un espacio de cooperación académica y de nuevas (y ya perdurables) amistades, tanto en la *Red Académica de Docencia e Investigación en Literatura Latinoamericana Katatay*, con Mónica Bernabé, Analía Costa, María Laura de Arriba, Roxana Patiño, Laura Pollastri y Graciela Salto –junto a los ya mencionados Foffani y Marinone–, como en la *Red Violencia y representación en América Latina* (VYRAL), con Brigitte Adriaensen, Ana María Amar Sánchez, Lucero de Vivanco, Geneviève Fabry e Ilse Logie. Con Cecilia González, Emilia Perassi, Laura Scarabelli, Marián Semilla Durán y Luz Souto también estamos “enredadas” en discusiones transatlánticas sobre violencia y memoria.

Mis colegas uruguayos siempre han sido una fuente inagotable de consultas: Hugo Achugar, Amir Hamed, Tomás de Mattos, Abril Trigo, Norah Dei Cas, Alejandro Gortázar, Pablo Rocca, Gustavo Verdesio, Hebert Benítez Pezzolano, Susana Draper e Hiber Conteris.

Finalmente (*last but not least*), este texto es profundamente deudor de los incansables diálogos con Susana Zanetti, quien poseía un increíble saber dilatado y panorámico de la literatura latinoamericana –hoy casi imposible de encontrar– que le permitía fraguar las más fructíferas y asombrosas “religaciones” entre los puntos más alejados de nuestro continente; del arte de la interrogación y de la incisiva crítica que Hugo Achugar despliega con impiedad y seducción ante sus interlocutores más atentos u ocasionales; y de la cabeza teórica de Walter Mignolo, incansable en el arte de manejar categorías y renovar paradigmas.

El apoyo de mi familia, desde el “calor” del amor hasta las “acaloradas” discusiones y debates, desde el aguante hasta la colaboración, fueron indispensables para no rendirme y buscar sentidos: gracias Gustavo, Germán y Florencia Basso.